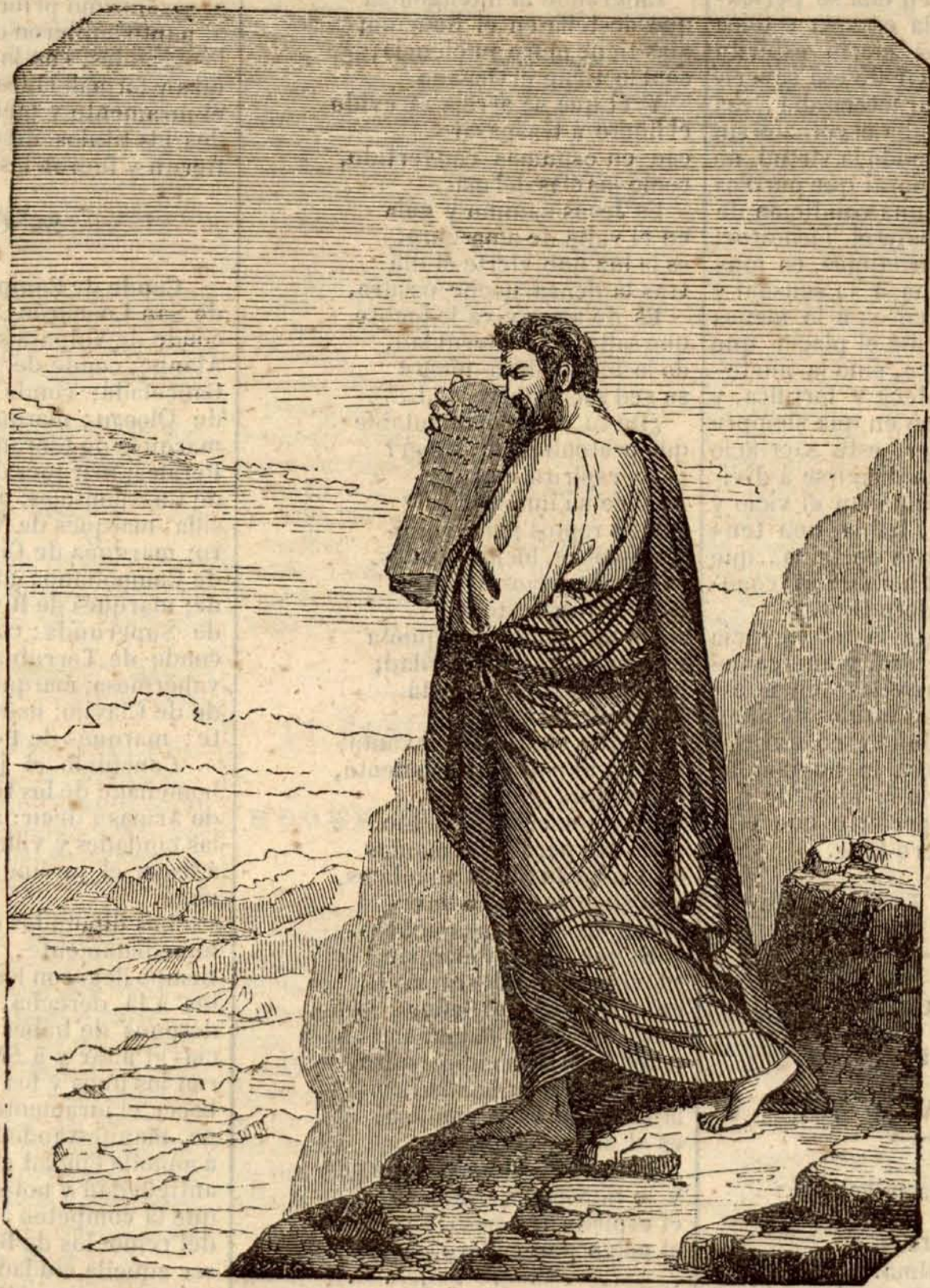


# ALBUM PINTORESCO.



Moisés.

## DEL CONOCIMIENTO DE DIOS.

La ciencia lo analiza todo, todo lo sorprende, vuela sobre la nube, traza á la electricidad una carrera, y cada mirada de este nuevo Argos, descubre en cada átomo un mundo lleno de fenómenos, lleno de misterios que parecen indicar la existencia de una creacion oculta sujeta á leyes distintas de las que regula la naturaleza visible, pero que á medida que el hombre perfecciona los medios de investigación, encuentra la unidad de un sistema en cuya combinacion reconoce la mano de su Criador: la

Mayo 29 de 1853.

ciencia es el ojo sagrado que va leyendo página por página el libro de la creacion y siempre lee: Dios.

Nunca ha habido ateos; pero en las sociedades ilustradas nunca habrá un ateo, porque hay una luz que ilumina al hombre, un apoyo que le sostiene, y una mano que le dirige; porque hay un movimiento regenerador que acerca su corazon á la verdad; porque ve caer sucesivamente ante su mirada los velos que le ocultaban la naturaleza, y descubre nuevos é inmensos horizontes iluminados con la luz de la fé.

La fé en el hombre es un instinto. En el salvaje es un gérmen divino

que se desarrolla al calor del sol de la libertad, instinto ciego que domina á la razon y produce el fanatismo. En el hombre culto la razon le explica la fé.

Dios se nos revela en la naturaleza, en la soledad, en nosotros mismos, en la soledad de nuestra alma, y el hombre, obedeciendo un impulso secreto de su corazon, le ha adorado bajo mil formas distintas, hasta que de las ruinas de todos estos templos, de los pedazos de todos los ídolos, se estrajo la piedra eterna para construir el verdadero santuario donde se le adorase bajo su forma verdadera.



La filosofía pagana, á pesar de ser tan imperfecta, como basada en una teogonía viciosa, fué iluminada por el rayo de luz del Evangelio, y adquirió el conocimiento del verdadero Dios. Y no podía menos de suceder así, porque la filosofía es la razón depurada que camina lentamente, pero sin retroceder, al conocimiento de la verdad. Estudiemos cualquier pueblo, y veremos que á medida que su filosofía se perfecciona, la idea religiosa que domina en ella se perfecciona también. En la escuela estoica ya vemos nosotros cierto espíritu evangélico; y á pesar de esa severidad árida que la caracterizaba, esa severidad que relajaba el corazón sin mejorarle, prescribiendo la virtud, no como un elemento moral que purifica el alma, sino como una condición de la vida, necesaria para el *bienestar*; á pesar de esto, repetimos, es muy superior su doctrina á la sensual y escandalosa de Epicuro; á lo menos en ella no se prescribe el placer que degrada y embrutece, sino la austeridad que engrandece y fortifica, y este holocausto ciego en que siempre se inmolaba el placer, este sacrificio del corazón no podía dirigirse á divinidades que patrocinaban el vicio y la sensualidad. No, había una tendencia oculta en esta doctrina, que iba aproximando al hombre al conocimiento del verdadero Dios.

La elaboración de la inteligencia es lenta, pero poderosa, y aun cuando Dios no se nos revelase en nuestra conciencia, en los latidos de nuestro corazón; aun cuando no existiesen los libros santos, la humanidad hubiera conquistado la idea de que había un ser más perfecto que ella, la idea del verdadero Dios.

LUIS BARREDA.

### AL AUTOR

DE LAS

### FASES DE LA VIDA HUMANA.

¡Ah! si guarda la pureza  
en el naufragio tu alma  
no te rinda la tristeza,  
espera con fé la calma.

¡La pureza!!! flor preciosa  
de inmaculada blancura  
más suave y deliciosa  
que cuantas teje natura.

¡La pureza!!! bella flor  
de perfume regalado  
que aspirar quiere el Señor.  
en su trono levantado.

Y por eso da inocencia  
á las almas con el ser;  
pero la esquisita esencia  
muchas ¡ay! dejan verter.

Más tú con el cáliz lleno  
si calmar quieres tu afán  
de Jesús duerme en el seno  
como el apóstol San Juan.

Allí cesará la duda  
que tu espíritu atormenta,  
porque es árbitro que muda  
en bonanza la tormenta.

Jesús las potentes brisas  
imperioso hace callar,  
y de encrespadas sumisas  
vuelve las olas del mar.

En su pecho adormecido  
te diera la paz suave  
que el mundo no ha comprendido,  
ni dar con su ciencia sabe.

Esos espléndidos sabios  
en su orgullosa Babel  
no enseñan lo que los labios  
del que gustó cruz y hiel.

Es grande la inteligencia  
que destella en el humano;  
mas tiene muro su ciencia,  
cual lo tiene el Oceano.

Y el que se arroja atrevido  
el límite á traspasar  
cae en espumas convertido,  
como las olas del mar.

Es Jesús camino y guía  
en el valle de amargura,  
es la luz que vierte el día  
tras la densa noche oscura.

Es de agua viva la fuente  
que salta á la eternidad,  
do la inquisidora mente  
su sed sacia de verdad....

¿De tu destino inmutable  
que pretendes, di, saber?  
¿Ese espíritu inefable  
no dice su inmenso ser?

Esos raptos peregrinos  
sin nombre, lúcidos bellos,  
son relámpagos divinos,  
del paraíso destellos.

De imaginación inquieta  
no son sueños sin verdad;  
es que adivina el poeta  
la futura realidad.

Es que el ángel se levanta,  
y deja el polvo un momento,  
la ligadura quebranta,  
y traspone el firmamento.

Es que percibe armonías  
de muchedumbres angélicas,  
que suspiran melodías  
al son de sus arpas célicas.

Es que siente del amor  
suavísimo que derrama  
en el querube el Señor  
quizá la vivida llama.

Así Dios al hombre mira,  
y le dice en su bondad,  
la materia es la mentira,  
es el alma la verdad.

Porque sueño es lo que pasa,  
y lo inmortal verdadero  
el espíritu traspasa  
el polvo perecedero.

Si el mundo te cree en delirio,  
y desdichas te eslabona  
es que precede el martirio  
siempre, siempre á la corona.

¡Ah! si guarda la pureza  
en el naufragio tu alma  
no te rinda la tristeza,  
espera con fé la calma,

Porque bienaventurados  
en tono apacible son  
por Jesucristo llamados  
los limpios de corazón.

ROSA BUTLER.

Mayo 4 de 1853.

### CEREMONIAL

DE LA JURA DEL REY DON FERNANDO VII.

(Continuación).

Fenecido el juramento y pleito homenaje de los grandes, llamó el rey de Armas á los títulos de Castilla, diciendo: subid, títulos de Castilla á hacer el juramento y pleito homenaje al serenísimo príncipe de Asturias, y al punto subieron de dos en dos como los grandes, con las propias ceremonias y formalidades que ellos hicieron el juramento y pleito homenaje todos los títulos de Castilla que asistieron y fueron los siguientes

### SEÑORES.

Conde de Campomanes; marqués de San Leonardo; conde de la Oliva; conde de Valparaíso; conde de Campo Alange; conde de Casasola; conde de Cancelada; conde de Cedillo; conde de Olocáu; marqués de Villaverde; marqués de Claramonte; marqués de Perales; marqués de Ovieco; marqués de Casapontejos; marqués de Hermosilla; marqués de Villanueva de Duero; marqués de Ciadoncha; marqués de Campollano; marqués de Valverde; marqués de Rivas y Andia; conde de Superunda; conde de Montemar; conde de Torrubia; marqués de Navahermosa; marqués de Ayerve; conde de Clavijo; marqués de Peñafuente; marqués de Peñafuerte.

Concluido el juramento y pleito homenaje de los títulos, volvió el rey de Armas á decir: subid, diputados de las ciudades y villa de voto en Cortes á hacer el juramento y pleito homenaje.

Los diputados de Burgos subieron inmediatamente, y casi al mismo tiempo llegaron los de Toledo, y puestos á la derecha de los de Burgos, después de haber hecho las reverencias al altar y á SS. MM., pretendieron los unos y los otros preferirse en hacer el juramento y pleito homenaje, manifestando los de Toledo tocar á aquella ciudad esta prerogativa por antigüedad y notorias preeminencias que la competen, juzgándola cabeza del reino: los de Burgos pretendieron ser aquella ciudad á quien únicamente pertenecía este privilegio; unos y otros diputados hicieron su instancia en breves y reverentes expresiones; y el rey resolvió la cuestión, diciendo: Toledo jurará cuando yo lo mandare, jure Burgos, y haciendo unos y otros reverencia á S. M. le suplicaron mandase darles testimonio de ello, y S. M. respondió: así lo mando.

Los de Toledo volvieron á su banco y los de Burgos hicieron el juramento y pleito homenaje y besaron la mano á SS. MM. y AA. con las mismas reverencias y formalidades que los antecedentes, y vueltos á sus asientos les siguieron los diputados de las demás ciudades y villa por el orden que les cupo la suerte en la forma siguiente.

Burgos. Don Aquilino Antonio Sa-



lamanca, marqués de Villacampo; don Manuel Francisco Gil Delgado.

**Leon.** Don Joaquin de Cea Jove y Valdés, regidor decano; don Jacinto Garcia de Herrera y Lorenzana, marqués de Villadango.

**Zaragoza.** Don Francisco Iñiguez de Yanguas, marqués de Villafranca; don Joaquin Cistue.

**Granada.** Don Diego Antonio Viana, veinte y cuatro decano; don Manuel Villareal y Sanabria, veinte y cuatro.

**Valencia.** Don Ignacio Llopín y Salt; don Bernardo Inta y Lerent.

**Palma en Mallorca.** Don Antonio Montis; don Ignacio Ferrandell.

**Sevilla.** Don Rui Diaz de Rojas, veinte y cuatro; don Manuel Maria Mendivil, jurado.

**Córdoba.** Don Rodrigo Fernandez de Mesa y Argote, don José Valenzuela Fajardo.

**Murcia.** Don Joaquin de Elgueta y Mesas, regidor; don Francisco Tomás de Jumilla y Vera, caballero de la distinguida orden española de Carlos III, regidor.

**Jaen.** Don Feliciano Maria del Rio; don Manuel de Urive y Buenache.

**Barcelona.** Don Manuel de Antich y de Mora, don Juan Antonio de Miralles.

**Avila.** Don Nicolás Dávila Pacheco, conde de Ibangrande, gentil hombre de boca de S. M.; don Francisco Cosío.

**Zamora.** Don Gerónimo Manrique de Lara, regidor; don Juan Garcia del Pozo.

**Toro.** Don Bernardo Miguel Samaniego, don Santiago Zambranos.

**Guadalajara.** Don Diego Pedroche y Astaburraga, regidor; don Antonio de Yerro, vizconde de Palazuelos.

**Fraga.** Don Senen Corbaton y Garcés, don Medardo Cabrera.

**Calatayud.** Don Joaquin de Ciria, don Tomás de Casanova.

**Cervera.** Licenciado don Francisco Ramon, Mariano Salat y Mora.

**Madrid.** Excmo. señor marqués de Astorga, conde de Altamira, grande de España de primera clase, caballero de la insigne orden del toison de Oro y gran cruz de la distinguida real española de Carlos III; Excmo. señor marqués de Mondejar y Bélgida, grande de España de primera clase, gentil hombre de cámara de S. M.

**Estremadura.** Por la villa de Alcántara. Don Miguel Sanchez Badajoz, don Gabriel Maria Blanco de Valdés.

**Por la ciudad de Plasencia.** Don Francisco Garcia Pascual Ambrona, don Francisco Antonio de Aloa, marqués de Santa Cruz de Aguirre.

**Soria.** Don Joaquin de Herran y Abaunza, gobernador de la sala del crimen de Valencia, regidor; don Joaquin Norberto Dávila y Cortés, marqués de Zafra, caballero de la real distinguida orden española de Carlos III, regidor.

**Tortosa.** Don Juan Fabreque y Boyexar, don Antonio Oriol.

**Peñíscola.** Don Baltasar Marti, regidor decano; don Francisco Javier Morales, regidor de Guadalajara.

**Tarazona.** Doctor don Juan Gil Rada, don Lucas de la Peña.

**Palencia.** Don Miguel Maria Carrillo, regidor; don Manuel Agustin Ruiz.

**Salamanca.** Don Luis Mangas de Villafuerte, por el banco de San Martin; don José Velez de Cosio, por el banco de San Benito.

**Lérida.** Don Juan Bautista de Tapias, don Vicente Gallart y Escala.

**Segovia.** Don Juan de Aranzana y Torres, Don Francisco Baca y Cáceres.

**Galicia.** Don Andrés Antonio de Aguiar, diputado del reino en esta corte; don José Maria Marquina, regidor de Orense.

**Valladolid.** Don Rafael de Salinas, don Vicente Diaz de la Quintana y Quevedo.

**Gerona.** Don Francisco Delas, don Francisco Marti y de Carreras.

**Jaca.** Doctor don Antonio de Hago, don Juan Aysa.

**Teruel.** Don Manuel Becerril, don Baltasar de Oñate.

**Tarragona.** Don Alejandro de Cadenas y Carlier, don Carlos de Morenes y de Cazador.

**Borja.** Don Francisco de la Justicia, don Tomás Quartero.

**Cuenca.** Don Juan Nicolás Alvarez de Toledo, regidor decano; don Lucas Crisanto de Jaques, por los Estados Noble y de Aguasados.

(Se continuará).

## EL BAÑISTA DE DIEPE

POR

ROGER DE BEAUVOIR.

(Continuacion).

Pocos minutos despues se hallaba ya en compañía de Rodolfo de Nanteuil y de sir Roberto, que habian empleado en aquel viage el mismo misterio que suele acompañar á una fuga. Cuando el vapor surcó las olas, y lady Southwel, retirada en el fondo de su camarote, dirigió una mirada á la faja de tierra de que se alejaba rápidamente, sus ojos se anublaron de lágrimas piadosas, como si hubiese dejado un sepulcro. Apoyada en una de las ventanillas de la cámara, vió estinguirse una á una las luces vacilantes del Castillo Fuerte, que no tardó en convertirse en una enorme mole negra. Por un instinto de superstición de que fácilmente se dejan arrastrar las mugeres, dirigió al cielo una de esas plegarias tácitas que nadie oye sobre la tierra. La casualidad hizo que en aquel instante reviviera una de las luces de la prision y reflejase de nuevo su rayo trémulo al través de una de las ventanas. Lady Southwel dió gracias al Ser Supremo.

—¡Velad por él, Dios mio! dijo en voz baja y juntando las manos en actitud suplicante.

IV.

Diez y ocho meses despues de esta escena hablaban familiarmente dos personajes sentados á una mesita

verde en que figuraban aun los restos de un servicio de té, sobre la azotea principal del German-Spá, jardín higiénico contiguo á la casa de los locos, á la cual se llega costeano las colinas que dominan á Brighton.

El de mas edad contrastaba singularmente por lo flaco y amojamado y por la excesiva palidez de sus facciones con el jóven y fresco dandy que le escuchaba distraido. Envuelto en una ancha bata que casi le daba dos vueltas alrededor de su débil cuerpo levantaba la voz de vez en cuando para dar órdenes á muchos criados ingleses ó franceses que atravesaban con paso presuroso las diferentes calles de árboles del jardín.

Evidentemente aquel era el huésped, el propietario del lugar, porque vigilaba con cuidado esquisito los menores movimientos de aquellos hombres.

El peristilo de mármol, poco distante del sitio en donde habia mandado que le sirvieran el té, anunciaba en letras doradas á los enfermos de Brighton, las aguas eficaces de Pyrmont, Spá, Carlsbad, Egra y otros establecimientos de baños termales. En el fondo del patio estaba el edificio destinado á los locos. El jardín era de aspecto encantador, y estaba bien cuidado; desde la parte mas alta de él se veian las cúpulas fantásticas y aéreas de la ciudad, su arquitectura oriental y el famoso pabellon construido por Jorge IV cuando no era todavía mas que el príncipe de Gales. Las costas de las islas de Wight apuntaban á lo lejos al través del velo de bruma, y durante la conversacion de los dos convidados, algunos paseantes esparcidos por las alamedas admiraban desde la plataforma aquel brillante panorama.

—Volveis á vuestro tema, doctor, persistis en creerme feliz, replicó el jóven lanzando un suspiro: porque cazo en Pekam, tengo gran tren de caballos, un palacio alquilado y una muger hermosa á quien no dejo aproximarse ningun petimetre británico, me colocais en el tercer cielo. ¡Ah! doctor, veo que juzgais por las apariencias como otros muchos.

—¿Por ventura, la baronesa de Nanteuil no es una de esas criaturas nacidas para llevar la felicidad consigo? replicó el doctor Fernard en un tono que revelaba el deseo de verse desmentido.

—En efecto, doctor, mi esposa debe al cielo mil dones preciosos: la hermosura, el talento; se viste como un ángel y canta como una alondra; pero, como dijo muy bien el chistoso Figaro, que sangraba antes que vos, el dinero, doctor, el dinero: hé aqui el nervio de la intriga, el presupuesto de un matrimonio. ¡Oh! es cosa terrible esta, doctor; bien habeis hecho en permanecer soltero.

—Veo, mi querido baron, que el juego os ha dejado muy mal parado; se juega mucho en Brighton, y hace ya dos meses que habitais en esta playa. Os advierto que aqui tendreis que habéroslos con muy buenos espadas, y que en el discurso de una noche las



pérdidas suben á millares de libras... ¿Pero qué necesidad tengo de predicaros moral?... ¿No teneis bien cerca el libro de la sabiduría en persona, al virtuoso sir Roberto, consejero intimo de la baronesa?

—¿Y no se dirá que he escogido á un hombre peligroso para mi reposo? Sir Roberto me es sumamente útil; es mi providencia: él lleva el chal, el pañuelo y el bolso de Mme. de Nanteuil; pardiez, es un primo que tiene todas las cualidades de un marido...

—Si, se apresuró á replicar el doctor, pero estoy seguro de que no será capaz de introducirse de noche en el aposento de una viuda ni de una monja.

Al oír Rodolfo estas palabras, no pudo menos de ruborizarse, pues descubria en ellas una alusion directa á la aventura cruel que habia sido para lady Southwel la causa primera de tantas desgracias. ¿No estaba ya el baron respecto de su muger en las primeras páginas de la novela? Lady Southwel, baronesa ya de Nanteuil, ¿habia perdido para él el prestigio de la pasion? Indudablemente hubiera temido Rodolfo dirigirse á sí mismo estas preguntas. Su fortuna, disminuida en una tercera parte por sus calaveradas de jóven, en vez de hallarse restablecida con la de su muger, iba cada dia á menos, pues lady Southwel no habia conservado mas que sus bienes de soltera á causa de su divorcio. En vano sir Roberto, que recordaba la última conversacion del comodoro y la buena disposicion en que le habia encontrado respecto á su muger, habia revuelto todos los estudios de abogados y escribanos para hallar en Londres una copia del acta importante robada al comodoro en la noche del asesinato ó del accidente, cuyo documento ponía á lady Southwel en posesion de sus rentas aun en vida del marido; todos sus pasos y gestiones sucesivas no habian producido resultado alguno. Sir Rodolfo tuvo que perderse en el dédalo ordinario de sus conjeturas. La prodigalidad y las locuras de Rodolfo no eran las mas á propósito para mejorar este estado de cosas, pues seguía jugando con el mayor desenfreno, recurso que habia ensayado como el enfermo ensaya un remedio desesperado.

Si apetecía la compañía del doctor Bernard, puesto hacia poco al frente del establecimiento de los locos en Brighton, era solamente porque, desde el dia de su casamiento, cuyas cadenas habian llegado á ser tan pronto pesadas para él, habia creído sorprender en aquel hombre un instinto secreto de simpatía y aun de interés por sus mas recónditas heridas. El doctor era el único que, al reconocer las eminentes cualidades de la baronesa de Nanteuil, le parecia no haberse aturdido ni obcecado sobre la gravedad de aquella primera acusacion llevada al tribunal de la opinion contra lady Southwel. Cuando Rodolfo hacia girar la conversacion sobre este punto, notaba en las medias palabras del doctor una conviccion tan profundamente intima, que no se sen-

tia con fuerzas para combatirla, y cediendo á una especie de poder oculto, habia acabado por mirar á Bernard como un ser extraño, encargado de guardar aquel temeroso misterio.

Lady Southwel no habia dicho á Rodolfo nada del paso intentado por el doctor antes de su partida de Diepe; pero estimulado el baron por las mismas reticencias de Bernard, habia sentido despertarse poco á poco en su ánimo un invencible impulso de curiosidad. ¿Será que el doctor, decia para sí el jóven, tenga la llave de ese enigma y pueda ayudarme á levantar el velo que lo cubre? Desde el instante en que Rodolfo comprendió el valor de semejante descubrimiento para el proyecto que él solo meditaba, y del cual no hubiera hecho partícipe á nadie por cuanto hay en este mundo, afectó á los ojos de Bernard el aire de un hombre desgraciado, esperando que de esta suerte le arrancaría alguna revelacion. Rodolfo habia llegado ya á ese estado en que el hombre se esfuerza en creer para triunfar, é iba á hacerse culpable del mas bajo de todos los delitos, el de abandonar á su muger, á quien queria hallar criminal para disculpase á sus propios ojos.

—¿No me habeis dicho, baron, que esta noche á los once hará Mme. de Nanteuil su entrada en el baile de Alden? ¡Oh! dicen que será magnifico, que habrá mucho lujo. La marquesa de Herfort me enseñó ayer su aderezo, y por mi ánimo que he creído ver en él las joyas de la corona.

—El de Mad. de Nanteuil, querido doctor, puede competir en cuanto á gusto, ya que no en riqueza, con los diamantes de la marquesa de Herfort; verdad es que me cuesta muy caro, añadió Rodolfo; mirad este billete del joyero Jacob: 400 libras de Inglaterra.

—¡Diablo! ¡400 libras! Habeis nacido, baron, para vivir en los tiempos galantes de Bakingham, replicó el doctor con una sonrisa irónica.

—Estará magnífica, ¿no es verdad, doctor? Cuando se presente en el baile exclamarán todos: «Es la estrella, es el sol de las damas,» y añadirán en voz baja: «Es la esposa del baron de Nanteuil.» ¡Mi esposa! continuó levantándose, cogiendo á Bernard por el brazo, apretándosele de una manera que no pudo menos de sorprenderle. La agitacion nerviosa del jóven baron alarmó al doctor, y se puso á examinar la fisonomía de Rodolfo, en la que encontró todas las señales de una lucha interior.

—Doctor, le dijo el baron despues de haberlo llamado aparte á una calle de árboles del jardin, ¿sois amigo mio?

—Páreceme, baron, que os he dado ya pruebas de que lo soy; si vuestra pregunta es una duda tengo derecho á ofenderme.

—Perdonadme: olvidaba la parte que tomáis en cuanto me atañe. Estáis bien enterado de muchas particularidades de mi vida para que no me ayudeis en esta; explicadme este billete, añadió misteriosamente, y dadme un consejo.

Rodolfo sacó de su bolsillo un pa-

pel de color de rosa cerrado con muchísimo esmero; era una declaracion en debida forma y firmada con el nombre de una muger: *Lady Aminta Warwick*.

—¿Una de mis enfermas! exclamó el doctor aparentando sorpresa. La pobre señora está sorda y loca rematada; verdad es que tambien posee 60,000 libras esterlinas en el condado de Oxford, lo que disculpa en parte sus sesenta años. Agregada á esta renta anual de bienes en Escocia, un reumatismo agudo que permitirá al noble sir Edwards Halton, que, segun dicen, debe casarse con ella, no esperar largo tiempo su fin. Si os resolvéis á hacerle la corte, replicó el doctor, os aconsejo que os deis prisa, porque mañana muy temprano se pone en camino; sus caballos están ya encargados, y su negro Júpiter es el único que la acompaña...

—¡Sesenta mil libras esterlinas! murmuró Rodolfo fijando la vista en el suelo.

Entretanto Bernard recorria la carta que el baron le habia entregado, reprimiendo una extraña sonrisa.

—En verdad, baron que no sé por que me admiro, recordando que mas de una vez me ha hablado lady Aminta de un apuesto caballero que venia á sentarse todos los dias en este terrado; ese caballero, á quien ella llama su *romeo*, sois vos. ¡Diablo! ¡Es lástima que el himeneo os cuente en el número de sus fieles súbditos. Tendriais la fortuna de un lord, un palacio en Bond-street, y lacayos empolvados como marqueses para presentaros vuestras cartas; pero es cierto el proverbio que dice, que nadie puede poseer á un mismo tiempo hermosura y riqueza... y sin embargo, esa donacion hecha á vuestra muger por el comodoro Southwel...

—No podemos contar con esa donacion, doctor, puesto que se la han arrebatado al comodoro... Os he mentado cuando os he dicho que era rico.

—¡Bah! ¿Pues y vuestro tren, baron, y vuestros caballos, y esas alhajas...?

—Las debo, como otras muchas cosas; además, sé, replicó Rodolfo exaltándose por grados en presencia del doctor, que esta misma noche deben prenderme... si, á la salida del baile de Alden.

—¿Qué me decis?

—La verdad. Ahora comprendereis cuanto sufre mi orgullo... no diré mi amor, porque lo sabeis lo mismo que yo... Lady Southwel fué verdaderamente culpable una vez, y su debilidad pasada se me presenta en estos momentos bajo colores muy sombríos. Si, tengo derecho á abandonarla, continuó Rodolfo; tengo derecho á abandonar á esa muger que no ha temido sacrificar acaso á su antiguo amante ese documento, esa donacion, primera base y primer contrato de nuestra fortuna.

(Se continuará.)

MADRID, 1853.

ESTABLECIMIENTO TIPOG. DE MELLADO,  
calle de Santa Teresa, núm. 8.